



EL SUEÑO IMPOSIBLE

WASHINGTON.—El otro día estuve en Nueva York y subí a un taxi con un amigo. Al bajar le dije al chófer: "Gracias por el recorrido. Conduce usted estupendamente". El chófer se sintió abrumado por un segundo y le preguntó:

- ¿Está de broma, amigo?
- No, estimado señor. Admiro realmente su calma en medio de este tráfico.
- ¡Ah! —exclamó el chófer, y reanudó la marcha.
- ¿Qué has pretendido? —le dije a mi amigo.
- Estoy tratando de traer amor a Nueva York. Creo que es lo único que puede salvar a esta ciudad.
- ¿Cómo puede un solo hombre salvar a Nueva York?
- Es que no soy yo sólo. Si el chófer a quien le acabo de decir esto lo recoge, será amable con veinte pasajeros que supongamos coja al día. Estos, a su vez, serán amables con sus empleados y otras gentes. Así esto puede llegar a un millar de personas. Buen método, ¿no?
- Todo depende de que el chófer actúe así.
- Sé que el sistema no es impecable. Puede ser que trate con diez indiferentes hoy, pero si de esos diez puedo hacer felices a tres, éstos actuarán sobre tres mil más.
- Suena bien, pero no estoy seguro de que dé un resultado práctico.
- ¿Y qué se pierde con probar? Apenas invertí tiempo en decirle al chófer lo que le dije. Ni afectó a la propina. ¿Que cayó en oído sordo? Bueno, mañana habrá otro chófer al que trataré de satisfacerle.
- Me parece que eres un cándido.
- Eso demuestra lo cinico que te has vuelto; he estudiado bien la cuestión. Lo que hace falta —aparte de pagar más a los carteros— es decirles a las gentes lo bien que cumplen con sus tareas.
- Pero a veces no las hacen bien.
- No las hacen bien porque tienen la impresión de que a nadie le importa cómo lo hacen.

Pasábamos frente a un edificio en construcción. Estaban almorzando unos albañiles. Mi amigo se detuvo y les dijo: "Están haciendo un trabajo magnífico, difícil y peligroso". Los hombres miraron a mi amigo con aire desconfiado. Les preguntó:

- ¿Para cuándo lo terminarán?
- Para junio —gruñó uno de los hombres.
- Impresionante. Deben de estar muy orgullosos. Seguimos andando y le dije a mi amigo:
- No ha habido nadie como tú desde don Quijote de la Mancha.
- Cuando esos hombres digieran mis palabras se sentirán complacidos. De algún modo la ciudad se beneficiará de su complacencia.
- Pero tú no puedes conseguirlo solo. Eres uno sólo.
- Lo importante es no desanimarse. No es tarea fácil conseguir que la gente de la ciudad vuelva a ser amable, pero si consigo la suficiente cooperación...
- Le has guiñado el ojo a una fea —observé.
- Sí —respondió mi amigo—, y si ella es maestra, estoy seguro de que sus alumnos van a tener hoy un día fantástico.

(Copyright 1970, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)

USA

EL PROFESOR Y LOS RATONES

Cuando la ya tristemente célebre Guardia Nacional de los Estados Unidos intervino en la American University, de Washington, la semana pasada para dispersar una manifestación, el doctor Robert Strautz continuó trabajando en su laboratorio, ajeno a la batalla exterior. Pero una granada de gases rompió la ventana, estalló en la habitación y, en cuestión de minutos, acabó con la vida de los ocho ratones experimentales de Strautz. El profesor sintió entonces por primera vez la ira y se lanzó al exterior para protestar contra «el uso indiscriminado de gases»; según él, sin duda, debían utilizarse gases eficaces contra los estudiantes, pero inofensivos para los ratones de laboratorio. Una vez más, la Guardia

Nacional no discriminó: aporreó al sabio en la cabeza, le arrojó a un coche celular y le encerró. Fue puesto en libertad tras el pago de una multa de diez dólares por «conducta desordenada». Pero al profesor lo único que le importa realmente es la pérdida de sus ocho ratones. Su razón es considerable: durante cinco años, los ratones habían seguido un régimen especial, habían sido inyectados y habían sufrido trasplantes de órganos para poder experimentar en ellos el origen, el desarrollo y la posible curación de la diabetes. Ahora tendrá que iniciar un nuevo período de cinco años. Y quien sabe a cuántos millones de diabéticos en el mundo afectará la pérdida de este experimento por una simple granada de gas.

«PROFUNDAMENTE IMPRESIONADOS»



Cuatro organizaciones con estatuto consultivo cerca de las Naciones Unidas acaban de dirigir a su secretario general, U Thant, un telegrama en el que reclaman urgentemente «una investigación internacional sobre las matanzas de poblaciones vietnamitas en Camboya». Estas organizaciones (la Federación Internacional de Derechos Humanos, presidida por Paul Boncour;

la Comisión Internacional de Juristas —Mac Bride—, Amnesty International —Martín Ennais—, Secretario Internacional de Juristas Católicos —Louis Pettiti—) se declaran «profundamente impresionados ante informaciones coincidentes sobre Camboya» y piden la apertura de una investigación en virtud del artículo 99 de la Carta.

DIALOGO ENTRE GRANDES

Diálogo entre el vicepresidente de Estados Unidos, Spiro Agnew, y el periodista David Frost, en Los Angeles, el 7 de mayo, sobre la muerte de los cuatro estudiantes en la Universidad de Kent (Ohio).

S. Agnew.—Si no se hubiesen lanzado piedras, no habría habido peligro de muerte.

D. Frost.—Y supongo que si no se hubiesen utilizado gases lacrimógenos, no se habrían lanzado piedras.

S. A.—Exactamente. Y si no se hubiesen incendiado edificios, si no hubiese habido una multitud amenazadora, no se habrían utilizado los gases.

D. F.—Bueno, creo que podemos seguir por este camino. Y si el Presidente no hubiese anunciado «la excursión» a Camboya, quizá no habría habido manifestaciones.

S. A.—Pardiez, que es una cuestión interesante la que usted plantea.